

El conjunto de ideas teórico-literarias dispersas de los escritos reunidos en esos dos libros es perfectamente susceptible en lo esencial de organizarse en dos bloques, uno que versa sobre teoría del artista o del poeta y otro que versa sobre teoría del arte y la literatura o del poema.

La teoría vallejana del artista arranca en términos muy generales como teoría del intelectual para ir matizando de distinto modo, a su vez, la teoría del artista, del escritor y del poeta, no siempre perfilados como tales y en cualquier caso en permanente confrontación con el problema político revolucionario¹⁵. Para Vallejo, la clave de lo que podemos llamar estatuto del intelectual es su función revolucionaria, pues es desde ese criterio con base marxista desde donde monta sus argumentaciones: todo posee algún tipo de transcendencia política y, aun subconscientemente, todo sirve a los intereses de clase; toda actividad del pensamiento posee sentido finalista. Obviamente el verdadero intelectual es, según pensaba Marx, alguien encaminado a transformar el mundo, y Vallejo afirma que actúa en «la realidad tangible», «cerca de la vida», desplazando la fórmula mesiánica: «Mi reino es de este mundo» (pág. 13). Todo esto, ciertamente, con cosas muy elementales y sabidas, pero de las cuales conviene proponer un mínimo muestreo a fin de obtener una reconstrucción ideológica correcta, aunque debemos hacer notar que en ningún momento puede pretenderse encontrar en los textos de Vallejo una exposición doctrinal marxista merecedora de ese título, pues el hecho es que él en este sentido casi se limitó apasionadamente a tener unas cuantas ideas básicas de finalidad bastante clara y a reproducir y entremezclar otras tantas con mejor o peor fortuna¹⁶. Así, en doctrina clásica, la función del intelectual y la del activista político se entrecruzan, dirigiéndose a la destrucción de la burguesía en todos los Continentes como presupuesto ante el cual no se debe regatear esfuerzo alguno, planteando y encauzando «sus obras y su acción dentro de unos cuantos imperativos y consignas» (pág. 21). La consigna esencial es, pues, «la destrucción del orden social imperante» (pág. 15).

La función política transformadora del intelectual reside en la naturaleza y transcendencia *principalmente* doctrinales de esa función y *correspondientemente* prácticas y militantes de ella. En otros términos, el intelectual revolucionario debe serlo, simultáneamente, como creador de doctrina y como practicante de ésta. Buda, Jesús, Marx, Engels, Lenin, fueron, a un mismo tiempo, creadores y actores de la doctrina revolucionaria. El tipo perfecto del intelectual revolucionario, es el del hombre que lucha escribiendo y militando, simultáneamente. (pág. 14)

Si se observa la cita conjunta de nombres propios arriba realizada se advertirá con facilidad la en última instancia inocultable fusión religioso-política vallejana, también

¹⁵ Esta suerte de indeterminación o ambivalencia en lo atinente a la teoría del artista o del intelectual o del poeta, etc., no es una peculiaridad vallejana. Las teorías del artista o del poeta son muy frecuentes en los textos teóricos tanto clásicos como modernos. Baste recordar el caso cumbre de las Instituciones Oratorias de Quintiliano, donde se llega a desarrollar una extensa teoría del orador, o artista, poeta, sabio u hombre culto, arrancando desde la infancia de la persona e incluso de las cualidades de su nodriza. Si se quiere una referencia próxima a Vallejo, quizás el mejor ejemplo sea el de la teoría del poeta que contienen los escritos programáticos de Vicente Huidobro (cf. Obras Completas, I, Santiago de Chile, Edit. Andrés Bello, 1976), en los cuales la idea del poeta integral procede del Romanticismo alemán (Jean Paul sobre todo).

¹⁶ Véase en este sentido Américo Ferrari, «Poesía, teoría, ideología» en Julio Ortega (ed.), César Vallejo, Madrid, Taurus, 1974, págs. 391-403; y José Miguel Oviedo, «Vallejo entre la Vanguardia y la Revolución», en el mismo vol., págs. 405-416.

muy clara, efectivamente, en el libro *España, aparta de mí este cáliz*, pues de uno u otro modo Vallejo no opera sino apoyándose en una idea abstracta o mística, por más que sea remitible a la realidad y concretable, de lucha en favor del hombre. De manera que para Vallejo la transcendencia religiosa consiste en principio en una batalla por la existencia humana en el mundo. Pero en fin, esto ya son generalidades sobre las que no interesa extenderse. Lo que importa ahora es resaltar el «espíritu de heroicidad y sacrificio del intelectual revolucionario» como «esencial característica de su destino» (pág. 14), y la tónica fuerte repulsa contra el escritor de gabinete, contra los «intelectuales y artistas llamados «puros»: Valéry, Gris o Schöenberg (pág. 12). Asimismo, en conocidos términos marxistas, Vallejo negará la libertad en el artista burgués frente al socialismo (pags. 129-131).

Cuestión importante para la teoría marxista es qué arte del pasado es en verdad revolucionario, o de confluencia revolucionaria y cuál no; y de igual manera la aplicación del mismo interrogante al arte del presente y del futuro¹⁷. Vallejo acepta naturalmente que la Historia, desde sus orígenes sociales (cita a Plejanov y Bukharin, pág. 41), presenta una serie de contribuciones progresivas de dialéctica artística unificante y revolucionaria y, por otra parte, contradiciendo a Mayakovski, niega que actualmente basta con el ejercicio militante del artista, pues esto no impide el posible reaccionarismo de su obra. Así las cosas, Vallejo, descontento con la idea de Rosa Luxemburgo de que en el arte los clichés de *revolucionario* y *reaccionario* tienen escasa significación, se propone la siguiente distinción:

1. Un artista puede ser revolucionario en política y no serlo, por mucho que, consciente y políticamente, lo quiera, en el arte.
2. Viceversa, un artista puede ser, consciente o subconscientemente revolucionario en el arte y no serlo en política.
3. Se dan casos, muy excepcionales, en que un artista es revolucionario en el arte y en la política. El caso del artista pleno.
4. La actividad política es siempre la resultante de una voluntad consciente, liberada y razonada, mientras que la obra de arte escapa, cuanto más auténtica es y más grande, a los resortes conscientes, razonados, preconcebidos de la voluntad. Rosa Luxemburgo razonaba a este propósito: «Dostoiewski es, sobre todo en sus últimas obras, un reaccionario declarado, un místico devoto y un antisocialista feroz. Sus descripciones de revolucionarios rusos son nada menos que perversas caricaturas. Del mismo modo, las enseñanzas místicas de Tolstoy revisten un carácter reaccionario innegable. Y, sin embargo, nos liberan. Y es que, en realidad, son únicamente las conclusiones a las que ambos llegan y cada cual a su manera, y el camino que creen haber encontrado, fuera del laberinto social, lo que les lleva al callejón sin salida del misticismo y del ascetismo. Pero en el verdadero artista, las opiniones políticas importan poco. *Lo que importa es la fuente de su arte y de su inspiración y no el fin consciente que él se propone y las fórmulas especiales que recomienda.*» (págs. 35-36)

¹⁷ Cf., sobre todo, C. Marx y F. Engels, *Textos sobre la producción artística*, ed. de Valeriano Bozal, Madrid, Comunicación, 1972; V. I. Lenin, *La Literatura y el Arte*, Moscú, Progreso, 1979; L. Trotski, *Literatura y Revolución* y otros escritos sobre la Literatura y el Arte, París, Ruedo Ibérico, 1969, 2 vols.; M. Gorki y A. A. Zhdanov, *Literatura, filosofía y marxismo*, México, Grijalbo, 1968; A. V. Lunacharsky, *Sobre la literatura y el arte*, Buenos Aires, Axiona, 1974. Como estudios relevantes deben tenerse en cuenta, para esto y para lo que sigue, P. Demetz, *Marx, Engels y los poetas*, Barcelona, Fontanella, 1968; D. Drew Egbert, *El Arte en la teoría marxista y en la práctica soviética*, Barcelona, Tusquets, 1973; T. Eagleton, *Marxism and Literary Criticism*, Londres, Methuen, 1976; A. García Berrio, *Significado actual del Formalismo ruso*, Barcelona, Planeta, 1973; M. Lifschitz, *La filosofía del arte en Karl Marx*, Barcelona, Fontamara, 1982; J. Rodríguez Puértolas, «La crítica marxista», en P. Aullón de Haro (ed.), *Introducción a la Crítica literaria actual*, cit., págs. 209-250; A. Sánchez Vázquez (ed.), *Estética y Marxismo*, México, Era, 1970, 2 vols.